



*Letras de Música*

SAMUEL CLARO VALDÉS

Lo que más llamó la atención a los españoles que llegaron a América, a comienzos del siglo xvi, fue la gran capacidad que tenían los naturales para aprender la música europea que ellos traían. Por esa época, el primer maestro de música europea llegado al Nuevo Mundo, Fray Pedro de Gante, escribía a su amigo y Emperador, Carlos v, que la música polifónica que se escuchaba en la Catedral de México, cantada por coros de niños indígenas, podía compararse en perfección con aquella que el mismo Carlos v escuchaba en su corte. En Quito, a fines de ese siglo, los hijos de jefes incas, que se educaban en el Colegio de San Andrés, cantaban los difíciles motetes de Francisco Guerrero, a poco de haber sido publicados éstos en Venecia.

Otros ejemplos se pueden citar sobre la excelencia de la interpretación musical indígena en nuestro continente, especialmente en las misiones jesuíticas de América del Sur. Sin embargo, ha habido una especie de consenso casi unánime sobre la incapacidad creativa de los naturales. El Padre Antonio Sepp, misionero entre guaraníes, dice que “no pueden inventar ni idear absolutamente nada por su propio entendimiento”. El padre Francisco Xavier Eder, que formó parte del último grupo de jesuitas expulsados de las regiones de Moxos, el 17 de abril de 1768, sostiene, por su parte, que a pesar de ser excelentes instrumentistas y cantantes, los indios “no han podido aprender el arte de composición, lo cual parece provenir de los estrechos límites en que se halla encerrado su ingenio”. Un cuarto de siglo más tarde, el P. Eder habría de ser desmentido por estos mismos indios, quienes, seguramente ante la ausencia de los padres, se sintieron impelidos a suplir esta falta y a crear algunas composiciones, imitando el mismo estilo que habían aprendido de los jesuitas.

A fines del siglo xviii, con motivo de la exaltación al trono del rey Carlos iv, el entonces Gobernador de Moxos (actual Beni, Bolivia), don Lázaro de Ribera, organizó una serie de festejos en la antigua misión jesuita de San Pedro. Éstos empezaron el 1 de febrero de 1790, cuando se descubrieron sendos retratos, confeccionados para esa ocasión del rey y la reina, y se interpretaron “composiciones musicales fruto de la imaginación sencilla de los indios”, en idioma moxo. Se organizó una orquesta de 35 instrumentos tales como violín, viola y cello, a la cual se agregaron más de 200 indios que bailaban al tiempo que tocaban sus instrumentos nativos, especies de gigantes zampoñas, que causaron la admiración de muchos cronistas y que hasta hoy se siguen tocando. En esta ocasión se escucharon cinco piezas breves para voz e instrumentos, compuestas por indios canichanas, que el Gobernador Ribera remitió al monarca y que se conservan en el Archivo de Indias de Sevilla.

En este mismo archivo se puede ver otro fruto del entusiasmo con que el apologeta y defensor de indios, Lázaro de Ribera, patrocinaba las inclinaciones artísticas de los moxeños. Ese mismo año, para el día de San Luis, el 25 de agosto, se unieron nuevamente San Pedro y Trinidad para celebrar “el Nombre de la Reina Nuestra Señora”. Esta vez, los indios Francisco Semo, Marcelino Ycho y Juan Josef Nosa compusieron un aria para coro a cuatro voces, dos violines y bajo continuo, con texto en idioma canichana, que Ribera hizo traducir para el rey. En una de sus partes se lee: “En la grande España donde estás de asiento serán, sin comparación, mayores los regocijos y obsequios; pero nosotros, aunque distantes, no te festejamos con menos amor y gozo”.

*El Mercurio*, domingo 14-viii-1977 Suplemento Literario, Artístico y Científico, iv.